fin los hechos dieron razón á mi madre, tan inteligente como piadosa; sabía que la ambición de riquezas, aspirando á poseerlas fabulosas, es la mayor ofensa que se puede hacer al Dios que nos ha dado lo que necesitamos y un poquito más. Tarde conoció mi padre su error, y la conciencia de él le costó la vida. La muerte les igualó á todos, dejándonos á los vivos el convencimiento de que sólo es verdad la pobreza, el no tener nada... Desde aquí no veo más que humo, vanidad, y el polvo miserable en que han venido á parar tantas grandezas, mi madre en el Cielo, mi padre en el Purgatorio, mis hermanas en el mundo, desmintiendo con su conducta lo que fuimos, yo echándome solo y desamparado en brazos de Dios para que haga de mí lo que más me convenga.

XII

Pausa. «¡Qué hermoso era el jardín de mi casa!... y lo será todavía, aunque oí que le han quitado una tercera parte para construir casas de vecindad. ¡Qué hermoso era el jardín, y qué horas tan gratas he pasado en él!... Paréceme que entro en el hotel y subo por la escalera de mármol. Allí las soberbias armaduras que poseía mi padre, adquiridas de la

casa de San Quintín, parientes de los Torre-Auñón. En el despacho de mi padre están Donoso, D. Manuel Pez, el general Carrasco, que delira por los negocios, y envainando para siempre su espada se dedica á hilvanar ferrocarriles, el exministro García de Paredes, Torres, el agente de Bolsa, y otros puntos... Allí no se habla más que de combinaciones financieras que no entiendo... Me aburro, se ríen de mí; me llaman *don Galaor*... Insultan en mí á la diplomacia, que el general llama, remedando á Bismarck, *vida de trufas y condecoraciones*... Me largo de allí. Paréceme que veo el despacho con su chimenea monumental, y en ella un bronce magnífico, reproducción del Colleone de Venecia. En los *stores*, bordados los escudos de Torre-Auñón y del Aguila. La alfombra, de lo más rico de Santa Bárbara, es profanada por los salivazos del agente de Bolsa, que al entrar y al salir parece que se trae y se lleva en la cartera toda la riqueza fiduciaria del mundo... Y todo eso es ahora polvo, miseria; y los gusanos le ajustan á mi padre la cuenta de sus negocios... Torres el agente se pegó un tiro en Monte Carlo tres años después, y el general anda por ahí miserable, paseando su hemiplegia del brazo de un criado. Sólo viven él y Donoso, petrificado en su suficiencia admi-

nistrativa, que á mí me carga tanto, aunque me guardo muy bien de decírselo á mis hermanas, porque me comerían vivo.

Pausa... «¡Oh, qué linda era Cruz, qué elegante y qué orgullosa, con legítimo y bien medido orgullo! La llamábamos *Croissette*, por la estúpida costumbre de decirlo todo en francés. Fidela, al venir de Francia, nos encantaba con su volubilidad. ¡Qué sér tan delicado, y qué temperamento tan vaporoso! Diríase que no estaba hecha de nuestra carne miserable, sino de substancias sutiles, como los ángeles que nunca han puesto los piés en el suelo. Ella los ponía por gracia especial de Dios, y podía creerse que al tocarla se nos desbarataba entre las manos, trocándose en vapor impalpable. Y ahora... ¡Santo Dios! ahora... allá la miro metida en fango hasta el cuello. He querido sacarla... No se deja. Le gusta la materia. Buen provecho le haga... Cuando yo me fuí á la Embajada de Alemania, que entonces era todavía Legación, salí de casa con el presentimiento de que no había de volver á ver á mi madre. Esta se empeñó en que no me llevara á *Toby*, el perro danés que me regaló el primo Trastamara. ¡Pobre animal! Nunca me olvidaré de la cara que puso al verme partir. Murió de enfermedad desconocida, dos días antes que mi madre... Y

ahora que me acuerdo: ¿á dónde habrá ido á parar el bueno de Ramón, aquel criado fiel, que tan bien entendía mis gustos y caprichos? Cruz me dijo que puso un comercio de vinos en su pueblo, y que fabricando Valdepeñas ha hecho un capital... El tenía sus ahorros. Era hombre muy económico, aunque no sisaba como aquel bribón de Lucas, el mozo de comedor, que hoy tiene un restaurant de ferrocarril. Con los cigarros que le robaba á mi padre, compró una casa en Valladolid, y con lo que sisaba en el *Champagne* sacó para establecer una fábrica de cerveza.

Pausa. «¿Qué hora será?... ¿Pero qué me importa á mí la hora si soy libre, y el tiempo no tiene para mí ningún valor? Mi hotel no duerme aún. Siento rumores en la portería. Los criados arman tertulia con el portero, esperando la vuelta de la señora... Ya, ya me parece que siento el coche. Es la hora de salir del Real, la una menos cuarto, si no ha sido ópera larga. Wagner y su escuela no nos sueltan hasta la una y tres cuartos... Ya está ahí... abren la verja... entra el coche. ¡Si me parece que estoy en mis tiempos de señorito! El mismo coche, los mismos caballos, la noche igual, con las mismas estrellas en el cielo... para quien pueda verlas... Ya cierran. El hotel se entrega al sueño como sus

habitantes... Yo también principio á sentir...

Más que sueño, lo que empezaba á sentir era hambre, y echando mano al zoquete de pan que llevaba en el bolsillo, dió principio á su frugal cena, que le supo más rica que cuantos manjares delicados solía llevarle Cruz de casa de Lhardy.

«¡Qué apuradas andarán mis hermanas buscándome!—dijo comiendo despacito.—Fastidiarse. Os habíais acostumbrado á que yo fuese un cero, siempre un cero. Convenido: soy cero, pero os dejo solas, para que valgais menos. Y yo me encastillo en mi dignidad de cero ofendido, y sin valer nada, absolutamente nada para los demás, me declaro libre y quiero buscar mi valor en mí mismo. Sí, señoras del Aguila y de la Torre-Auñón: arreglad ahora vuestro bodorrio como gustéis, sin cuidaros del pobre ciego... ¡Ah, vosotras tenéis vista; yo no! Mi desdicha se compensa con la inmensa ventaja de no poder ver á la bestia. Vosotras la veis, la tenéis siempre delante, y no podéis libraros de su grotesca facha, que viene á ser vuestro castigo... ¡Qué rico está este pan!... ¡Gracias á Dios que he perdido al comer aquella sensación mortificante del olor de cebolla!

Sintió sueño, y se estiraba en el banco buscando la postura menos incómoda, haciendo almohada del brazo derecho, cuando se le acercó un pobre, que arrastraba un pié como si fuera bota á medio poner, y alargaba en vez de mano, para pedir limosna, un muñón desnudo y rojo. La voz bronca del mendigo hizo estremecer á Rafael, que se incorporó diciéndole:

«Perdone, hermano. Yo soy pobre también, y si no he pedido todavía es por la falta de costumbre. Pero mañana, mañana pediré.

—¿Es usted por casualidad ciego?—dijo el otro, desesperanzado de obtener limosna.

—Para servir á usted.

—Estimando.

—Si hubiera venido usted un poquito antes, habríale dado parte del pan que acabo de comerme. Pero lo que es dinero no puedo darle. No llevo sobre mí moneda alguna, ni perro grande ni chico... Soy más pobre que nadie. He venido ¡ay! muy á menos. Y usted, ¿qué es?

—¿Cómo que qué soy?

—Quiero decir si es usted también ciego.

—No, gracias á Dios. No soy más que cojo; pero de los dos cabos, y manco de la derecha... La perdí dando un barreno.

—Por la voz, me parece que es usted viejo.

—Y usted muy parlanchín. ¡Porras! como todos los ciegos, que echan el alma y los hígados por la pastelera lengua.

—Dispense usted que no le conteste en ese lenguaje ordinario. Soy persona decente.

—Sí, ya se vé... ¡Persona decente! Yo también lo fuí. Mi padre tenía catorce pares.

—¿De qué?

—De mulas.

—¡Ah!... creí que de bemoles... ¿Con que mulas? Pues eso no es nada en comparación de lo que tuvo el mío. Ese palacio que está frente á nosotros, si hablara, no me dejaría mentir.

—¡Porras maúras! ¿Á que va á decir que es suyo el palacio?

—Digo que lo fué; la verdad...

—Mecachis, y que se lo limpiaron los usureros. Como á mí, como á mi padre, que era mayorazgo, y por tomar dinero á rédito para meterse en negocios, nos dejó más pobres que las ratas.

—¡Los malditos negocios, el compra y vende!... Y hénos aquí á los hijos pagando las culpas de la ambición de los padres. Ahora pedimos limosna, y de seguro los que nos empobrecieron pasan á nuestro lado sin darnos una triste limosna. Pero Dios no nos desampara, ¿verdad? Donde menos se piensa salta una persona caritativa. Hay almas caritativas. Dígame usted que las hay, pues yo, la verdad, no quisiera morirme de hambre por esas calles.

—¿No tiene familia?

—Mis hermanas, hombre de Dios. Pero no quiero nada con ellas.

—Ya, ¡contra! le han desamparado ¡porras verdes! Como á mí, lo mismo que á mí.

—¿Sus hermanas?

—No... ¡pior, pior!—dijo el otro con una voz bronca y arrastrada, que parecía extraer con gran trabajo de lo más hondo de su cuerpo.—¡Son mis hijas las que me pusieron en la calle!

—Já, já, já! ¡Sus hijas!—exclamó Rafael, acometido de violentísimas ganas de reir.—Y dígame, ¿son señoras?

—¿Señoras?—dijo el otro con todo el sarcasmo que cabe en la voz humana.—Señoras del pingajo y damas del tutilimundi. Son...

—Qué?

—Púas coronadas... Agur.

Y se fué, arrastrando la pata, echando demonios por su boca, entre gruñidos bestiales, babeándose como un perro con moquillo.

—Pobre señor... — murmuró Rafael, volviendo á tomar la postura de catre.—Sus hijas, por lo que dijo, son... ¡Qué abismos nos revela el fondo de la miseria cuando bajamos á él! Si yo me durmiera, ahogaría en mi cerebro ideas que me mortifican. Probaremos. Más duro es esto que mi cama; pero no me im-

porta. Conviene acostumbrarse al sufrimiento... ¡Y vaya usted á saber ahora con qué me desayunaré mañana! Lo que Dios me tenga reservado, café ó chocolate, ó mendrugo de pan, él lo sabe, en alguna parte estará... ¿No se desayunan los pájaros? Pues algo ha de haber también para mí...

Quedóse aletargado, y tuvo un sueño breve con imágenes intensísimas. En corto tiempo soñó que se hallaba en el vestíbulo del hotel cercano, tendido en un banco de madera. Vió entrar á su padre con gaban de pieles, accidente de invierno que no le chocaba á pesar de hallarse en pleno verano. Su padre se maravilló de verle en tal sitio, y le dijo que saliese á comprar diez céntimos de avellanas. ¡Cuánto disparate! Aún soñando, discurría que todo aquello no tenía sentido. Después salió el perro danés aullando, con una pata rota y el hocico lleno de sangre. En el momento de abalanzarse en socorro del pobre animal, despertó. En un tris estuvo que se cayera del banco de piedra.

Le dolían los huesos; el frío empezaba á molestarle, y su estómago no parecía conforme con pasar toda la noche al raso sin más sustento que un pedazo de pan. Para sobreponerse al clamor de la Naturaleza desfallecida, salió de estampía por el paseo adelante,

tropezando con los árboles, y besando el santo suelo en dos ó tres tumbos que dió al perder el equilibrio. Pero supo sacar fuerzas de flaqueza, y sostener el cuerpo con los bríos del ánimo. «Vamos, Rafael, no seas niño; á la primera contrariedad, ya estás aturdido y sin saber qué camino tomar. Pronto ha de amanecer, y ó mucho me engaño, ó Dios, que vela por mí, ha de depararme un alma caritativa. No siento pasos... Debe de ser la madrugada. ¡Qué soledad! ¿Cómo podría enterarme de que ha salido el sol, ó de que va á salir? Ah! siento cantar un gallo, anunciando el día. Será ilusión tal vez, pero me parece que es el gallo de Bernardina el que canta. Y otra vez, y otra... No, son muchos gallos, todos los gallos de estos contornos que dicen á su manera: «Basta ya de noche...» Lo que no siento aún es el gracioso piar de los pajarillos. No, no amanece todavía. Más adelante, en otro banco, podré dormir otro poquito, y cuando los pájaros me avisen, dejaré las ociosas plumas, digo, la ociosa berroqueña... Adelante, y valor. De seguro que ninguna de estas avecillas que ahora duermen inocentes en el ramaje que se extiende sobre mi cabeza, se preocupa ni poco ni mucho de lo que ha de comer cuando despierte. El desayuno, en alguna parte está. Las almas caritativas

duermen también ahora, y dormirán la mañanita; pero de fijo no faltará alguna que madrugue.

Hacia el fin de la Castellana, volvió á darse su ración de banco; mas no pudo pegar los ojos, ni siquiera sosegar sus cansados huesos. Dos perros vagabundos se llegaron á él, y le olieron y le hociquearon. Quiso Rafael retenerles con voz cariñosa; pero los dos animales, que debían de estar dotados de gran penetración y agudeza, entendieron que de allí muy poco ó nada sacarían. Después de infringir ambos sosegadamente, en el banco del ciego, las ordenanzas de policía urbana, se fueron en busca de aventura más provechosa.

Levantóse Rafael al rayar la aurora, cuya claridad saludaron las avecillas, y restregándose las manos para proveerse de un poco de calor, que supliera bien que mal la falta de alimento, echó á andar y desentumeció sus piernas. El valor no le abandonaba; pero iba comprendiendo que la iniciación en el oficio de mendigo tiene sus contras, y que el aprendizaje había de ser para él durísimo. ¡Qué bien le habría venido en aquella hora un poco de café! Pero las almas caritativas no parecieron con la provisión del precioso líquido. Pasos de hombres y brutos oyó en dirección al centro de Madrid: eran traginantes, mer-

caderes de hortalizas y huevos que llevaban frutas á la plaza. Sintió el ruído de cántaros de leche que chocan con el movimiento de la caballería que los conduce. ¡De buena gana se habría él tomado un vasito de leche! ¿Pero á quién, ¡Santo Dios! se lo había de pedir? Gentes de pueblo pasaron al lado suyo sin hacerle caso. De fijo que si él se lanzara á pordiosero, alguien le daría. «Pero el mérito grande de las almas caritativas—pensó,—será que me socorran sin que yo pase por la vergüenza de pedirlo.» Por desgracia suya, en aquel tímido ensayo de mendicidad, las almas compasivas se abstenían de socorrer á un necesitado que no empezaba por marear al transeunte con enfadosos reclamos de limosna. Largo trecho anduvo desorientado, sin saber á dónde iba, y al fin el cansancio y el hambre determinaron en su espíritu el propósito de pedir albergue á Bernardina; pero al hacer esta concesión á la dura necesidad, quería engañarse y dar satisfacciones á su entereza, diciéndose: «No, si no haré más que tomar un bocadillo y seguir luégo. A la calle otra vez, al camino.»

No le fué tan fácil encontrar el rumbo. Pero si sentía cortedad para implorar limosna, no la sentía para pedir informes topográficos. «¿Voy bien por aquí á Cuatro Cami-

nos?» Esta pregunta, sin número de veces repetida y contestada, fué la brújula que le señaló la derrota por campos, carreteras y solares baldíos, hasta que dió con sus cansados huesos en el corralón de los Valientes.

XIII

Vióle Bernardina antes de que traspasara el hueco del portalón, y salió á recibirle con demostraciones de vivo contento, mirándole como un aparecido, como un resucitado. «Dame café—le dijo el ciego con trémula voz.—Siento... nada más que un poquito de debilidad.» Llevóle adentro la fiel criada, y con rara discreción se abstuvo de decirle que la señorita Cruz había estado tres veces durante la noche buscándole, muerta de ansiedad. Mucha prisa corría comunicar el hallazgo á las angustiadas señoras; pero no urgía menos dar al fugitivo el desayuno que con tanta premura pedían la palidez de su rostro y el temblor de sus manos. Con toda la presteza del mundo preparó Bernardina el café, y cuando el ciego ávidamente lo tomaba, dió instrucciones á Cándido para que le retuviese allí, mientras ella iba á dar parte á las señoras, que sin duda le creían muerto. Lo peor del caso era que Hipólito Valiente, el héroe de África, es-

taba aquel día de servicio. «Ya que no tenemos aquí al viejo, que sabe embobarle con historias de batallas—dijo Bernardina á su marido,—entreténle tú como puedas. Cuéntale lo que se te ocurra; inventa mentiras muy gordas. No seas bruto... En fin, lo que importa es que no se nos escabulla. Como quiera salir, le sujetas, aunque para ello tengas que amarrarle por una pata.

Rafael no mostró después del desayuno deseos de nuevas correrías. Estaba tan decaído de espíritu y tan alelado de cerebro, que sin esfuerzo alguno le pudo llevar Cándido al taller de polvorista donde trabajaba. Hízole sentar en un madero, y siguió el hombre en su faena de amasar pólvora y meterla en los cilindros de cartón que forman el cohete. Su charla contínua, á ratos chispeante y ruidosa como las piezas de fuego que fabricaba, no sacó á Rafael de su sombría taciturnidad. Allí se estuvo con quietud expectante de esfinge, los codos en las rodillas, los puños convertidos en sostén de las quijadas, que parecían adheridas á ellos por capricho de Naturaleza. Y oyendo aquel rum rum de la palabra de Valiente, que era un elogio tan enfático como erudito del arte pirotécnico; y sin enterarse de nada, pues la voz del polvorista entraba en su oído, pero no en su entendi-

miento, se iba engolfando en meditaciones hondísimas, de las cuales le sacó súbitamente la entrada de su hermana Cruz y de D. José Donoso. Oyó la voz de la dama en el corralón. «¿Pero dónde está?» Y cuando la sintió cerca, no hizo movimiento alguno para recibirla.

Cruz, cuyo superior talento se manifestaba señaladamente en las ocasiones críticas, comprendió al punto que sería inconveniente mostrar un rigor excesivo con el prófugo. Le abrazó y besó con cariño, y D. José Donoso le dió palmetazos de amistad en los hombros, diciéndole: «Bien, bien, Rafaelito. Ya decía yo que no te habías de perder... que ello ha sido un bromazo... Tus pobres hermanas muertas de ansiedad... Pero yo las tranquilizaba, seguro de que parecerías.

—¿Sabes que son tus bromas pesaditas?—dijo Cruz sentándose á su lado.—¡Vaya que tenernos toda la noche en aquella angustia! Pero en fin, la alegría de encontrarte compensa nuestro afán, y de todo corazón te perdono la calaverada... Ya sé que Bernardina te ha dado el desayuno. Pero tendrás sueño, pobrecillo. ¿Dormirías un rato en tu camita?

—No necesito cama—declaró Rafael con sequedad.—Ya sé lo que son lechos duros, y me acomodo perfectamente en ellos.

Habían resuelto Donoso y Cruz no contrariarle, afectando ceder á cuanto manifestara, sin perjuicio de reducirle luégo con maña. «Bueno, bueno—manifestó Cruz;—para que veas que quiero todo lo que tú quieras, no contradigo esas nuevas opiniones tuyas sobre la dureza de las camas. ¿Es tu gusto? Corriente. ¿Para qué estoy yo en el mundo más que para complacerte en todo?

—Justo—dijo D. José revistiendo su oficiosidad de formas afectuosas.—Para eso estamos todos. Y ahora, lo primero que tenemos que preguntar al fugitivo es si quiere volver á casa en coche ó á pié.

—¡Yo... á casa!—exclamó Rafael con viveza, como si oído hubiera la proposición más absurda del mundo.

Silencio en el grupo. Donoso y Cruz se miraron, y en el mirar sólo se dijeron: «No hay que insistir. Sería peor.

—¿Pero en dónde estarás como en tu casa, hijo mío?—dijo la hermana mayor.—Considera que no podemos separarnos de tí, yo al menos. Si se te antoja vagabundear por los caminos, yo también.

—Tú no... Déjame... Yo me entiendo solo.

—Nada, nada—expuso Donoso.—Si Rafael, por razones, ó caprichos, ó genialidades que no discuto ahora, no señor, no las discu-

to; si Rafael, repito, no quiere volver á su casa, yo le ofrezco la mía.

—Gracias, muchas gracias, Sr. D. José—replicó desconcertado el ciego.—Agradezco su hospitalidad; pero no la acepto... Huésped molestísimo sería...

—Oh, no.

—Y créanme á mí... En ninguna parte estaré tan bien como aquí.

—¡Aquí!

Volvieron á mirarse Donoso y Cruz, y á un tiempo expresaron los ojos de ambos la misma idea. En efecto, aquel deseo de permanecer en casa de Bernardina era una solución que por el momento ponía fin á la dificultad surgida; solución provisional que daba espacio y tiempo para pensar descansadamente en la definitiva.

«¡Vaya, qué cosas tienes!—dijo Cruz disimulando su contento.—¡Pero hijo, aquí!... En fin, para que veas cuanto te queremos, transijo. Yo sé transigir; tú no, y á todos nos haces desgraciados.

—Transigiendo se llega á todas partes—declaró D. José, dando mucha importancia á su sentencia.

—Bernardina tiene un cuarto que se te puede arreglar. Te traeremos tu cama. Fidela y yo turnaremos para acompañarte... Ea, ya

ves como no soy terca, y me doblego, y... Conviene, en esta vida erizada de dificultades, no encastillarnos en nuestras propias ideas, y tener siempre en cuenta las de los demás, pues eso de creer que el mundo se ha hecho para nosotros solos, es gran locura... Yo, ¡qué quieres! he comprendido que no debo contrariarte en ese anhelo tuyo de vivir separado de nosotras... Descuída, hijo, que todo se arreglará... No te apures. Vivirás aquí, y vivirás como un príncipe.

—No es preciso que me traigan mi cama—indicó Rafael, entrando ya en familiar y cariñoso coloquio con su hermana mayor.—¿No tendrá Bernardina un catre de tijera? Pues me basta.

—Quita, quita... Ahora sales con querer pintarla de ermitaño. ¿A qué vienen esas penitencias?

—Si nada cuesta traer la camita—apuntó D. José.

—Como quieran—manifestó el ciego, que parecía dichoso.—Aquí me pasaré los días dando vueltas por el corralón, conversando con el gallo y las gallinas; y á ratos vendré á que Cándido me enseñe el arte de polvorista... no vayan á creer ustedes que es cualquier cosa ese arte. Aprenderé, y aunque no haga nada con las manos, bien puedo sugerirle

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ideas mil para combinar efectos de luz, y armar los ramilletes, y los castillos y todas esas hermosas fábricas de chispas, que tanto divierten al respetable público.

—Bueno, bueno, bueno—clamaron á una Donoso y Cruz, satisfechos de verle en tan venturosa disposición de ánimo.

Brevemente conferenciaron la dama y el fiel amigo de la casa, sin que Rafael se enterase. Ello debió de ser algo referente á la traída de la cama y otros objetos de uso doméstico. Despidióse Donoso abrazando al joven ciego, y éste volvió á caer en su murria, presumiendo que su hermana, al hallarse sola con él, le hablaría del asunto que causaba las horribles desazones de todos.

«Vámonos á la casa—dijo Cruz, cogiendo del brazo á su hermano.—Tengo miedo de estar aquí, Sr. Valiente... No es desprecio de su taller, es... que no sé como hay quien tenga tranquilidad en medio de estas enormes cantidades de pólvora. Supóngase usted que por artes del enemigo cae una chispa...

—No, señorita, no es posible...

—Cállese usted. Sólo de pensarlo, parece que me siento convertida en pavesas. Vamos, vámonos de aquí. Antes, si te parece, daremos un paseito por el corralón. Está un día precioso. Ven, iremos por la sombra.

Lo que el señorito del Águila recelaba era cierto. La primogénita tenía que tratar con él algo muy importante, reciente inspiración sin duda, y último arbitrio ideado por su grande ingenio. ¿Qué sería?

«¿Qué será?—pensó el ciego temblando, pues todo su tesón no bastaba para hacer frente á la terrible dialéctica de su hermana. Principió ésta por encarecer las horrendas amarguras que ella y Fidela habían pasado en los últimos días, por causa de la oposición de su querido hermano al proyecto de matrimonio con D. Francisco.

—Renunciad á eso—dijo prontamente Rafael,—y se acabaron las amarguras.

—Tal fué nuestra idea... renunciar, decirle al buen D. Francisco que se fuera con la música á otra parte, y que nos dejase en paz. Preferimos la miseria con tranquilidad á la angustiosa vida que ha de traernos el desacuerdo con nuestro hermano querido. Yo dije á Fidela: «Ya ves que Rafael no cede. Cedamos nosotras, antes que hacernos responsables de su desesperación. ¡Quién sabe! Ciegue-cito, puede que vea más que nosotras. ¿Su resistencia será aviso del Cielo, anunciándonos que Torquemada, con *el materialismo* (como él dice) del buen vivir, nos va á traer una infelicidad mayor que la presente?

—¿Y qué dijo Fidela?

—Nada: que ella no tiene voluntad; que si yo quería romper, por ella no quedara.

—¿Y tú qué hiciste?

—Pues nada por el pronto. Consulté con D. José. Esto fué la semana pasada. A tí nada te dije, porque como estás tan puntilloso, no quise excitarte inútilmente. Parecióme mejor no hablar contigo de este asunto hasta que no se resolviera en una ó en otra forma.

—¿Y Donoso qué opinó?

—¿Donoso...? ¡Ah...!

XIV

—¡Cuando yo te digo que Donoso es un ángel bajado del cielo! ¡Qué hombre, qué santo! —prosiguió la dama, sentándose con Rafael en un madero, que en el mejor sitio del corralón había.—Verás: la opinión de nuestro fiel amigo fué que debíamos sacrificar el enlace con Torquemada, por conservar la paz en la familia... Así lo acordamos. Pero ya habían tramado entre él y D. Francisco algo que éste llevó prontamente de la idea á la práctica, y cuando D. José acudió á proponerle la suspensión definitiva de las negociaciones matrimoniales, ya era tarde.

—¿Pues qué ocurría?

—Torquemada había hecho algo que nos cogía á todos como en una trampa. Imposible escaparnos ya, imposible salir de su poder. Estamos cogidos, hermanito; nada podemos ya contra él.

—¿Pero qué ha hecho ese infame?—gritó Rafael fuera de sí, levantándose y esgrimiendo el bastón.

—Sosiégate—replicó la dama, obligándole á sentarse.—¡Lo que ha hecho! Pero qué, ¿crees que es malo? Al contrario, hijo mío: por bueno, por excesivamente bueno, el acto suyo es... no sé cómo decírtelo, es como una soga que nos echa al cuello, incapacitándonos ya para tener voluntad que no sea la voluntad suya.

—¿Pero qué es? Sépalo yo—dijo el ciego con febril impaciencia.—Juzgaré por mí mismo ese acto, y si resulta como dices... No, tú estás alucinada, y quieres alucinarme á mí. No me fío de tus entusiasmos. ¿Qué ha hecho ese majagranzas que pudiera inducirme á no despreciarle como le desprecio?

—Verás... Ten calma. Tan bien sabes tú como yo que nuestras fincas del *Salto* y la *Alberquilla*, en la sierra de Córdoba, fueron embargadas judicialmente. No pudo rematarlas el sindicato de acreedores, porque estaban afectas á una fianza que al Estado tuvo que